

NEMEAS

Henchidas hasta el lábio  
Con el líquido opimo  
Del domador racimo,  
Las argentinas copas distribuid,  
Que de Sición sagrada  
Trajeron los corceles,  
Con Febéos laureles  
Que á Crómio conquistaron en la lid.

El favor de las Gracias  
Tu diestra me conceda  
¡Oh Júpiter! y pueda  
La victoria de Crómio celebrar.  
Las flechas de mi musa  
Rectas al blanco lance,  
Y entre muchos alcance  
Esplendoroso triunfo mi cantar.



ODA DÉCIMA

A TIÉO, HIJO DE ÚLIO,

VENCEDOR EN LA LUCHA.

CANTAD ¡oh Gracias! á Árgos opulenta,  
De Juno celestial digna morada,  
De Danáo ciudad, y sus cincuenta  
Célebres hijas de mansión dorada.  
Mil hazañas le dan ínclita gloria:  
¿Repetirá mi musa  
La dolorosa historia  
De Perséo y la Górgona Medusa?  
¿Contaré las ciudades y las villas  
Que Epafo alzó, del Nilo en las orillas?

Sola entre sus hermanas, Hipernestra  
 Deja en la vaina el homicida acero,  
 Con que el padre cruel arma su diestra  
 Contra el esposo que le dió primero.  
 A la inmortalidad la Virgen-Diosa  
 Sublima al gran Tidídes;  
 Y Júpiter la fosa  
 Con sus rayos abrió, do yace Oiclídes,  
 Cuando de Tébas al volver, la tierra  
 Tragó al que fuera vendaval de guerra.

Por sus bellas mujeres es famosa:  
 Testigo Jove, que en las redes cae  
 De Alcmena, sin saberlo infiel esposa,  
 Y de la gallardísima Danáe.  
 De Adrasto al padre, y á Lincéo augusto,  
 Exquisita prudencia  
 Y un espíritu justo,  
 De Júpiter donó la omnipotencia;  
 Y el mismo dios, á Anfitríon valiente  
 (Mortal afortunado) hizo pariente.

Cuando el Argivo con robusta lanza  
 Contra los Telebós combatía,  
 El Padre de los Dioses su semblanza  
 Tomaba, y en su hogar se introducía.  
 Á tanta dignación Hércules debe

Su ilustre nacimiento,  
 Y su enlace con Hébe,  
 Entre las Diosas de beldad portentoso,  
 Que con su madre Juno, protectora  
 De las esposas, en Olimpo mora.

A celebrar no basta los loores  
 Del Argólico suelo, el canto mio;  
 Y temo, con empresas superiores  
 A mi escaso vigor, causar hastío.  
 No obstante ¡oh Musa! tu valor no pierdas,  
 Y de mi dulce lira  
 Con las templadas cuerdas,  
 Canta los himnos que el triunfo inspira.  
 Oid, Argivos, de la lucha el juicio,  
 Y de Juno venid al sacrificio.

El hijo de Úlio, reluciente escudo  
 Dos veces en las luchas ha obtenido;  
 Y con tal premio, sus trabajos pudo  
 Tiéo vencedor dar al olvido.  
 Él ofreció á las Musas su corona  
 En los Neméos juegos;  
 Y en el Istmo y Pitona  
 Las que arrancara á multitud de Griegos;  
 Que tres victorias alcanzó en Corinto,  
 Y tres tambien de Adrasto en el recinto.

La noble aspiración que su alma enciende,  
 Entre sus lábios la modestia hiela.  
 ¡Oh Padre Jove! pues de tí depende  
 Toda victoria, la que no revela  
 Dígnate concederle, ínclita gracia.  
 Su pecho férvido arde  
 Con juvenil audacia  
 Y abriga un corazón nada cobarde.  
 Tú lo sabes ¡oh Dios! y él, que ambiciona  
 La que te pido, Olímpica corona.

Por Hércules fundada, resplandeces,  
 Pisa, entre las atléticas arenas;  
 Y á tí el jóven irá, que ya dos veces  
 Vencedor aclamaron en Aténas.  
 De dulces himnos al conuento blando  
 El tierno púgil iba,  
 El ánfora llevando  
 Con el licor de la sagrada oliva,  
 En rica cesta de áurea filigrana,  
 A la ciudad de Juno soberana.

A las Gracias, Tiéo, y los Gemelos,  
 Debes la que te cubre, inmensa gloria;  
 Que á tus maternos ínclitos abuelos  
 Concedieron victoria tras victoria.  
 ¡Oh! Si yo fuera del divino Antías

Ó Trasiclo, pariente,  
 Por Árgos me verías  
 Andar altivo con erguida frente.  
 De Preto á la ciudad, tales varones  
 Dieron más lustre aún que sus bridones.

En el Istmo y Cleona recogieron  
 Cuatro laureles. Con argénteas copas  
 Llenas de vino, de Sición volvieron;  
 Y de Pelene, con purpúreas ropas.  
 Los escudos y trípodés, en vano  
 Enumerar quisiera,  
 Que su robusta mano,  
 Ó su pié, sin igual en la carrera,  
 En Acaya, en Tegéa, y en Clitóra,  
 Y el Licéo ganó, do Jove mora.

Si á Cástor y á su Hermano, en hospedaje  
 Panfáes recibió, ¿qué maravilla  
 ¡Oh Tiéo! si tu ínclito linaje  
 Por su afición al pugilato brilla?  
 De Esparta los Tindárides divinos  
 Con Mercurio y Alcides  
 Dirigen los destinos.  
 Árbitros son en las heróicas lides,  
 Del antiguo favor guardan memoria,  
 Y dán al varón justo la victoria.

Cada cual á su turno mora un día  
 Del Padre Jove en la mansión eterna,  
 Y otro, desciende á la región umbría  
 De Terapne en la lúgubre caverna.  
 Place el destino igual á los Gemelos:  
 Que Pólux cariñoso,  
 Á vivir en los cielos  
 Como perfecto dios, siempre dichoso,  
 Partir de Cástor prefirió la suerte,  
 Cuando éste halló en la guerra triste muerte.

De Ídas la lanza atravesó su pecho,  
 En pleito vil, por míseros despojos:  
 Sobre el Taigeto hallándose en acecho,  
 Lo ve Lincéo, el de agudos ojos,  
 A través de la encina que lo oculta.  
 Bajan ambos insanos,  
 Y su acero sepulta  
 En Cástor, el mayor de los hermanos.  
 Á entrambos Afarétidas alcanza  
 De Júpiter la súbita venganza.

El vástago de Leda armipotente  
 Acude; y á la tumba de Afaréo  
 Se acogen, con furor haciendo frente  
 Al fuerte Cástor, Ídas y Lincéo;  
 Y al paterno sepulcro arrebatando

La marmórea figura  
 De Plutón venerando,  
 Sobre Pólux arrojan la escultura;  
 Mas ni detiene su ímpetu robusto,  
 Ni á herirlo llega, el cincelado busto.

Sobre Lincéo el semidios se arroja,  
 Y le abre el corazón su dardo agudo;  
 Miéntras un rayo envuelto en nube roja,  
 A Ídas dispara Júpiter sañudo.  
 Piedad no encuentran: en ceniza fría  
 La Parca los convierte,  
 Que en vano el hombre ansía  
 Sus armas por medir con el más fuerte.  
 A auxiliar á su hermano agonizante,  
 Tindárides acude en el instante.

Del moribundo Cástor fiel derrama  
 Sobre el abierto pecho, amargo llanto,  
 Y: "¡Oh Padre amado! (sollozando clama)  
 ¿Remedio no darás á mi quebranto?  
 Á mí tambien la muerte ¡oh Rey del cielo!  
 Cual á mi hermano envía:  
 Sin él, vivir no anhelo;  
 Sin él, ni honor ni gloria alcanzaría.  
 Muy pocos hay, que en la fatiga ruda  
 Al afligido amigo den ayuda."

Tales palabras á su padre dijo  
 El tierno jóven. Júpiter avanza,  
 Y le responde: "¡Oh Pólux! tú eres mi hijo,  
 Mas la inmortalidad á éste no alcanza;  
 Que de esposo mortal, aunque guerrero,  
 Lo concibió tu madre;  
 Pero que elijas quiero  
 La vária suerte que á tu afecto cuadre.  
 Tendrás en el Olimpo, si te agrada,  
 Sin muerte ni vejez, dulce morada.

"Con Pálas y con Marte, trono eterno  
 Llenarás á mi lado; mas si pide  
 Gracia para el mortal tu amor fraterno,  
 Todo con él sin excepción divide.  
 Del cielo morarás en las alturas  
 La mitad de la vida,  
 Y la otra, en sus oscuras  
 Cuevas, la tierra te dará guarida."  
 El buen hermano sin dudar resuelve,  
 Y el habla, luz y vida á Cástor vuelve.



## ODA UNDÉCIMA

A ARISTÁGORAS,

HIJO DE ARCESILÁO,

GOBERNADOR DE TÉNEDOS.

¡OH Vesta, hija de Rhea,  
 De Juno soberana  
 Y del excelso Júpiter hermana,  
 Que imperas en el aula Pritanéa!  
 Abre tu régio alcázar á Aristágoras,  
 Y al pié de tu ara, con amor materno,  
 Acoge á sus colegas, que de Lírneso  
 Dirigen el gobierno.

Á tí, que la primera,  
 Eres entre las Diosas,  
 Con muchas libaciones te venera  
 El Senado, y con víctimas copiosas.  
 El dulce canto alegre con la cítara  
 Sus banquetes sin fin, segun el rito  
 Que les dejara hospitalario Júpiter  
 Para el festin prescrito.

Á los Númenes plegue  
 Que en su magistratura  
 Al fin del año sin tropiezo llegue  
 Rebosando su pecho de ventura.  
 ¡Dichoso Arcesiláo! Regocíjate  
 En el gran hijo que te dió el Destino:  
 Ve cómo aduna á forma gallardísima  
 Valor casi divino.

Varón que es eminente  
 Por beldad y riquezas,  
 Y vencedor entre la Griega gente  
 Ostentó su vigor y sus proezas,  
 Recuerde que lo visten miembros frágiles,  
 Y que ese cuerpo triunfador y esbelto,  
 Bajo la tierra yacerá por último  
 En polvo vil envuelto.

Digno de eterna fama  
 Y de armoniosos vates,  
 Todo buen ciudadano te proclama  
 ¡Oh vencedor en diez y seis combates!  
 Soberbio luchador era Aristágoras  
 En su natal ciudad y alrededores;  
 Y con laureles el *Panocracio* espléndido  
 Premiaba sus sudores.

¿Por qué al robusto niño,  
 Buscar bella corona,  
 De sus padres el tímido cariño  
 No permitió en Olimpia y en Pitona?  
 Del Monte de Saturno entre los árboles  
 Ó á orillas de Castália si luchara,  
 ¡Oh! yo le juro que en la lid atlética  
 Ninguno lo igualara;

Y de purpúrea oliva  
 Coronada la frente,  
 La quinquenal solemnidad festiva  
 De Alcides, retornar viera al valiente.  
 Pierde al mortal la presunción estólida;  
 Pero tambien la nímia desconfianza  
 Que lo contiene, le arrebata el éxito  
 Que ya seguro afianza.

No es conjetura vana  
 ¡Oh jóven! cuando llevas  
 Por Pisandro el Lacón, sangre Espartana,  
 Y por Melampo audaz, sangre de Tébas.  
 Éste de Ismeno en las floridas márgenes  
 A tu madre engendró; y aquel las huestes  
 De Amicla, trajo á la colonia Eólica  
 Unido al gran Orestes.

Virtud que en el abuelo  
 Altísima florece,  
 En el hijo se oculta bajo un velo  
 Y en el nieto de nuevo resplandece.  
 Así el campo feraz, no en todas épocas  
 Presenta de sus mieses el tributo;  
 Y un año niegan, y otro dan los árboles  
 Su flor y rico fruto.

Tambien de los mortales  
 El Destino condena  
 Al desdichado género, de iguales  
 Vicisitudes, á fatal cadena:  
 Pues no ha querido el Padre de los Númenes  
 De la victoria ó del revés futuro  
 Que aguarda al luchador en los certámenes,  
 Dar indicio seguro.

Mas la soberbia insana  
 Á lo alto nos empuja;  
 Y nos mueve á emprender confianza vana  
 Lo que á la fuerza nuestra sobrepuja.  
 Seguir no puedes el torrente rápido;  
 Á poco lucro, si eres sábio, aspira:  
 Quien lo imposible en alcanzar obstínase,  
 ¡Pobre mortal! delira.

